Me parece la ocasión a no faltar la de la importante muestra antológica de Martha Kohen en la Fundación Pablo Atchugarry en Uruguay, para dar un testimonio desde Italia, lugar donde Linda Kohen tiene raíces familiares y donde, recientemente, una muestra suya en la Galería Ghelfi en Vicenza, en el noreste de Italia, tuvo gran éxito. Y con razón. Porque, además de sus indiscutibles canones "estéticos" de enorme fascinación, la pintura de Linda Kohen se presenta con naturalidad, sin una particular voluntad de estar presente, en medio de un debate teórico que recientemente se ha avivado, - como cíclicamente ocurrió a lo largo de la segunda mitad del Siglo XX – entre el arte que describe y la que pierde la voluntad de representación. Sin afirmar a nivel conceptual principios programáticos, la pintura de Linda Kohen se abre con una gran envergadura que mira a los fundamentos poéticos de la reflexión sobre el "sí mismo" y el mundo a través de los *ojos* y, al mismo tiempo, evidencia los pasajes más significativos del lenguaje artístico de las vanguardias que han aspirado, más bien, a explorar y reproducir con la *mente.* El fruto más evidente de esta segunda tendencia es una actitud a la no-figuración, aquel "suprematismo" que la Vanguardia rusa indicó al comienzo de los años Veinte del Siglo XX y cuyas declinaciones cronológicamente más cercanas a nosotros encontramos, por ejemplo, en Klein y Rothko. Y así, figuras humanas y objetos cotidianos cobran en la pintura de Linda Kohen tanto un valor documental de vida como también un valor abstracto de geometría en que las cabezas se hacen esferas, las mesas rectángulos, el cuerpo y los brazos cilindros, los cuartos y las casas paralelepípedos. Es un recorrido de lejanas y profundas raíces, desde Piero della Francesca que llega a Cézanne y a otros, excelentes pero no frecuentes episodios de la historia del arte más reciente.

Una elección, la de Linda Kohen que quizás no sea una verdadera elección, sino más bien un seguro instinto artístico que la empuja a tomar una pista mediana capaz de involucrar ambos mundos; un camino ancho, y de alguna manera, toda feminina (sin querer poner aquí rivindicaciones de género), que lleva a una visión al mismo tiempo también literaria, además de intensamente inteligente en el terreno artístico.

Metáforicamente se podría asociar a una "solución intermedia". Como entre "A Room of One's Own" (Una habitación propia) en que Virginia Woolf denuncia la incapacidad de la mujer para lograr liberarse del peso de la "men's sentence" – la pintura no quiere liberarse de su vínculo con el mundo objetivo – y "Jacob's Room" (El cuarto de Jacob) en que la escritora coloca un vacío en el lugar central del protagonista – un cuadro negro, un Color Único, a través del cual Kasimir Malevic anuncia el "grado cero" y decreta la "muerte de la pintura" -, así Linda construye un pasillo que le permite pasar "De una habitación a otra". El espacio entre una habitación y otra, está muy presente en las obras de Linda Kohen. Entre puertas que se abren y escorzos de cuartos, comedores y salones, nunca se les representa: es siempre y sólo un espacio fuera del campo visual, muy perceptible presencia no descrita. Este espacio sublima e interpreta simbólicamente el tránsito entre el masculino y el feminino, entre la forma y la ausencia de la forma, entre la representación objetiva y el sueño, entre la soledad y la compañía, entre la felicidad y la tristeza, entre el yo y los demás y, sobretodo, entre el antes y el después....

El lenguaje que la artista utiliza corresponde al contenido, como por lo demás en todas las obras de arte logradas, y el contenido que se refleja en cada uno de las 200 obras de la muestra es el mismo que anuncia el título: "Tiempos". El tiempo, medida humana para recorrer un espacio, grande e indiscutido protagonista tanto de la Historia como de las vicisitudes de la vida de cada uno, posee también un alcance psicológico que en el arte – en todas las artes, desde la escritura, a la música, a la pintura – llega a ser de importancia fundamental.

Intuir la composición del tiempo, no para intentar huir de su transcurso, sino para seleccionar con poética quirurgíca los instantes preciosos que determinan su valor general, sin que ninguno de ellos sin embargo tenga que representar necesariamente un absoluto, es un valor entrañable en el arte de Linda Kohen.

Así como también es grande su capacidad de juntar, siempre gracias a una selección temporal, los diferentes y muchos temas tratados. Ellos reconocen el hilo rojo del "tiempo perdido", a través de la relaboración del recuerdo. A veces la reflexión va cargada de entrañable nostalgia, a veces es alegre

reivindicación de libertad, de serena y meditativa soledad, a veces readaptación del presente sobre un modelo ideal. A menudo las pinturas utilizan momentos de la historia personal para una reflexión filosófica general. El movimiento determinado por la gran "Instalación" que se presenta como una forma labiríntica en el espacio expositivo constituye, esa también, una proustiana "recherche", mediante la figuración y la representación de materiales que fueron "otra cosa", de una "salida de emergencia" lograda gracias al arte.

Con cualquier medio, siempre y de cualquier modo, Linda Kohen parece capaz de mirar a los ojos la realidad – del pasado y del presente – y dar una representación que es al mismo tiempo diario y "flujo de conciencia". Una libre representación de los propios pensamientos a medida que se van presentando, antes de organizarse en frases sintácticamente estructuradas, para dejar filtrarse el yo, la individualidad profunda, rica de emociones, sensaciones, sentimientos, pasiones.

El resultado del recorrido espositivo es una especie de novela densa de capítulos e indagaciones, pausas, descubrimientos y reflexiones en donde domina sin embargo la lúcida capacidad de mirar al mundo y reproducir – y ésta es la fuerza del arte – en los datos esenciales, extrapolados y dejados aflorar de la filamentosa maraña de los recuerdos como de la confusa actualidad, depurados, liberados de irrilevancias, sugeridos en su desnudez valerosa y en las formas simples de una monumentalidad principesca que las hace acrónicas y absolutas. Dominar el Tiempo es también saber pintar en directo el batiente verde de un póstigo como si aquélla fuera "la pose" exacta y definitiva por todos los años futuros de la vida de aquella ventana o el blanco de la sábana sobre una cama deshecha. Doblar el Tiempo, severo e indiferente, es saber dar a sus imágenes la acuórea indeterminación que corresponde a la incesante marea que es el movimiento de la psique.

Los tiempos recalcados en la serie "Un día de una una mujer" y "Un día de un hombre" son, en ese sentido, emblemáticos: momentos cualesquiera elevados a una unicidad que sin embargo, en su conjunto, mantienen el carácter de incesante fluir.

Casas y cuartos, bibelotes y vajilla, puertas, tejados, árboles, figuras que transitan en un perpetuo camino son los personajes de la vida que se pierden – que piden perderse – en el laberinto, realizando gestos cotidianos, y vuelven a encontrarse por los mismos inexplicables caminos en los que se han perdido a lo largo del viaje.

El viaje – escribe – Saramago en su "Viaje a Portugal" – no se acaba nunca – sólo los viajeros se acaban. Y ellos también pueden prolongarse en memoria, en recuerdo, en narración.

Cuando el viajero se sentó en la arena de la playa y dijo: No hay nada más que ver, sabía que no era verdad.

Giovanna Grossato